



INVESTIGACION CON EMBRIONES EN ITALIA / LA POLEMICA

Italia celebrará un referéndum los días 12 y 13 de junio donde los ciudadanos de ese país decidirán si quieren que se permita la investigación con embriones humanos, si se profundiza el desarrollo científico en áreas como la fertilización asistida y las pruebas con células madres.

A raíz de la consulta a la población, la escritora Oriana Fallaci publicó en el *Corriere della Sera* un artículo que EL MUNDO reproduce íntegro, hoy y mañana, por la actualidad que posee el tema en nuestra sociedad y la necesidad de un debate entre ciudadanos debidamente informados.

En Italia se votarán cuatro cuestiones de una ley considerada muy rígida. El primer punto permitirá derogar el artículo que impide la investigación sobre embriones -el asunto más controvertido-, mientras que los tres capítulos restantes son mucho más técnicos y dependerán, en esencia, del primero.

Nosotros los caníbales (I)

Un manifiesto contra la investigación con células madres

Por ORIANA FALLACI

No, no me gusta este referéndum en el que los mecenados del doctor Frankenstein votarán por simple partidismo político o miopía moral. Es decir, si razonar con su propia cabeza, sin escuchar a la propia conciencia e, incluso, sin conocer el significado de las palabras células-madres-ovocito-blastocito-heterólogo-clonación, y ciertamente sin preguntarse o sin entender qué hay detrás de la ofensiva en pro de la libertad ilimitada de la investigación científica. De hecho, el 12 de junio no utilizaré mi derecho al voto, y con todo el corazón deseo que la ofensiva fracase estrepitosamente. Un deseo que se reforzó el día en que en el Liceo Mamiani de Roma el más autorizado promotor de las cuatro preguntas referendarias hizo una broma que parece un chiste del jefe de los payasos del viejo teatro de variedades: «Si el embrión es vida, masturbarse es un suicidio» (Señor mío, a los estudiantes debería haberles hablado de libertad y no de masturbación. Les habría debido recordar lo que dice Platón en el Libro VIII de la República, cuando escribe que de la libertad degenerada en libertinaje nace y se desarrolla una mala planta: la mala planta de la tira-



nia. No se trata aquí de masturbarse. Se trata de explicarle a la gente que la libertad ilimitada, es decir sin freno alguno y sin ningún sentido moral, ya no es Libertad sino libertinaje. Inconsciencia, arbitrio. Se trata de clarificar que, para mantener la Libertad, hay que ponerle límites con la razón y con el sentido común. Con la ética. Se trata de reconocer las diferencias que hay entre lo lícito y lo ilícito. No me gusta este referéndum, porque aparte del astuto chantaje con el que la llamada clonación terapéutica justifica sus perversidades, es decir promete curar enfermedades, amén del obvio cuento de siempre que con ese chantaje se llena los bolsillos (por ejemplo, la industria farmacéutica, cuyo cinismo supera al de los mercaderes de armas), detrás de este referéndum hay, además, un proyecto o, incluso, un objetivo inaceptable y terrible. El proyecto de reinventar al Hombre en el laboratorio, transformarlo en un producto para vender, como un bistec o una bomba. El propósito de sustituir a la Naturaleza, manipular la Naturaleza, cambiar o, incluso, desfigurar las raíces de la Vida, deshumanizarla masacrando a las criaturas más inermes e indefensas. ●●●

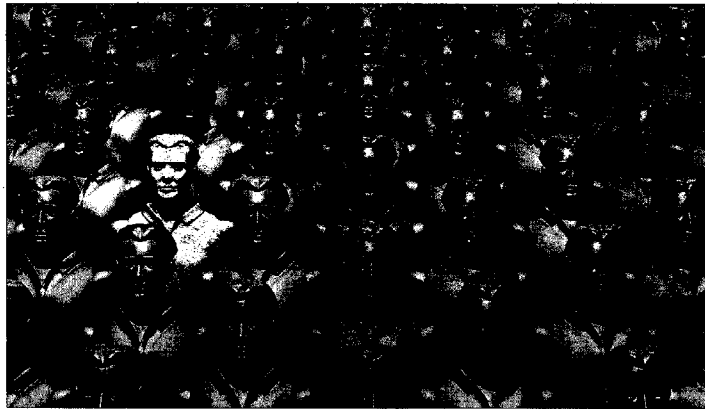
●●● Es decir, a nuestros hijos jamás nacidos, a nuestros futuros nosotros mismos, a los embriones humanos que duermen en los congeladores de los bancos o de los institutos de investigación. Masacrarlos, reduciéndolos a fármacos para inyectarse o tragar o, incluso, haciéndolos crecer lo suficiente para matarlos como se mata un ternero o un cordero y extraerles los tejidos y órganos para venderlos como se venden las piezas de recambio de un coche.

Todo esto me recuerda a *Un Mundo Feliz* de Huxley, sí, al abominable mundo de los hombres Alfa y Beta y Gamma, pero sobre todo me recuerda la obscuridad de la eugenesia con la que Hitler soñaba crear una sociedad formada sólo por rubios con ojos azules. Me recuerda a los campos de Auschwitz y de Mauthausen, de Dachau y de Birkenau donde, para apresurar la producción de la raza aria intensificando los partos gemelares de las rubias con ojos azules, el doctor Mengele hacía experimentos con los gemelos. Gracias a la ilimitada libertad de investigación que le había concedido Hitler, Mengele martirizaba, asesinaba y, a veces, los viviseccionaba. Por lo tanto, ojo con los cuentos y con las hipocresías.

LOS FRANKENSTEIN

Si en lugar de Birkenau, Dachau, etcétera, ponemos los institutos de investigación gestionados por la democracia, si en vez de gemelos viviseccionados por Mengele, ponemos los embriones humanos que duermen en los congeladores, el discurso no cambia. No en vano, cuando hace ocho años los ingleses crearon la oveja Dolly, en vez de saltar de gozo me recorrió un estremecimiento de horror y dije: «Estamos acabados. Vamos a una sociedad hecha de clones. Volvemos al nazismo».

Frankenstein y sus mecenados (juristas, periodistas, editorialistas, actrices, filósofos, grillos cantanines, miembros de la Academia de Linneo,



«Vamos a una sociedad hecha de clones, volvemos al nazismo...» / STOCK PHOTO

políticos en busca de votos, médicos en busca de gloria) no quieren oír ese «Estamos-acabados, vamos-a-una-sociedad-hecha-de- clones, volvemos-al-nazismo». Cuando centro el discurso sobre Hitler y sobre el nazismo o sobre Mengele, se hacen los ofendidos e, incluso, los escandalizados. Parlotean de prejuicios y protestan por la ilegítima comparación. Y después, en el más puro estilo bolchevique, te ponen en la picota. Te llaman tonto, *meapilas*, siervo del Papa y del cardenal Ruini, mercenario de la Iglesia católica. Te rechazan con palabras como retrógrado-oscuro-racista-reaccionario y, dándoselas de neo-iluministas, de progresistas, de vanguardistas, te echan en cara las acostumbradas banalidades.

Repiten que no se le pueden poner calzones cortos a la Ciencia, que el Saber no puede tener freno, que el progreso no puede detenerse, que los hechos son más fuertes que las razones y que el mundo camina hacia delante a pesar de los obtusos como tú. Como yo. Con estúpido soste-

go declaran que el embrión no es un ser humano: es una simple-propuesta-de-ser-humano-o-de-ser-vivo, un simple-conjunto-de-células-que-no-piensa. Con bufonesca seguridad proclaman que no tiene alma, que el alma existe si existe el pensamiento, que la sede del pensamiento es el cerebro, y el cerebro comienza a desarrollarse dos semanas después de que el embrión se ha instalado en el útero materno.

O que un feto comienza a pensar sólo al octavo o al noveno mes de embarazo, que, según, Santo Tomás de Aquino, hasta el cuarto mes somos animales y, por ende, es lo mismo proteger los embriones que los chimpancés. Es inútil objetar que Santo Tomás de Aquino vivió en el 1200 y que de genética entendía lo mismo que yo de ciclismo. Inútil replicar que parapetarse tras el silogismo «Cerebro-Pensamiento-Alma-Igual-Humano» es una estupidez. Una ofensa a la lógica. También los animales tienen cerebro, por favor. También los animales piensan. Ergo,

si nos atenemos a ese silogismo, también ellos deberían tener un alma y ser considerados humanos.

Inútil observar, por último, que sobre la formación del pensamiento-alma no sabemos absolutamente nada. Ni siquiera lo que se sabía sobre el átomo cuando Enrico Fermi halló el del uranio 235 y descubrió que su núcleo media una cienmilésima de milímetro y podía desintegrar en un momento ciudades como Hiroshima y Nagasaki. ¿Y si lo infinitamente pequeño albergase mucho más que lo infinitamente grande? ¿Y si el cerebro-alma del embrión midiese todavía menos que una cienmilésima de milímetro y la miopía moral (así como intelectual) no consiguiese descubrirlo? ¿Y si, consiguientemente, el embrión pensase, sufriese como sufrimos nosotros, cuando Zarquai nos corta la cabeza con su cuchillo *halal*?

El hecho es que las afirmaciones que no se apoyan en pruebas son teorías y punto, presuntas certezas por conveniencia o por oportunismo

lanzadas como absolutas certezas, puntos de vista basados en el presuntuoso espejismo de recibir un Nobel al que sin pudor alguno y sin mérito alguno optan y ambicionan muchos descaradamente. Dogmas que no valen más que el mío. Incluso valen mucho menos que el mío, que no se basa en cálculos, en conveniencias ni en oportunismo. ¿Y cuál es el mío? El que expreso en *Carta a un niño jamás nacido*, un libro que comienza con estas palabras: «Esta noche he sabido que existes. Una gota de vida escapada de la nada». Mi dogma es el que repetí en la entrevista al *Foglio*, cuando los neoinmunitistas y los progresistas y los vanguardistas aplaudieron la condena a muerte de Terri Schindler o, si ustedes quieren, Terri Schiavo. (A su juicio, culpable de haber dejado de pensar, de no tener ya alma, de no poder asistir todos los domingos a la misa llamada partido de fútbol). Es verdad que también yo, sin tener las pruebas que Fermi proporcionó sobre el núcleo del átomo, creo que desde el momento en que el espermatozoide fecunda al óvulo y la célula primaria se convierte en dos células y después en cuatro y después en ocho y después en dieciséis, en definitiva empieza a multiplicarse, somos ya lo que seremos. Es decir, seres humanos. Quizás no todavía personas, dado que una persona es el resultado de la esencia innata y de las experiencias adquiridas tras el nacimiento, pero seguramente un ser humano. El embrión que florece en un óvulo de un piojo es un piojo. El embrión que florece en el óvulo de un perro es un perro (el ejemplo del perro lo pone incluso monseñor Sgreccia). El embrión que florece en el óvulo de un elefante es un elefante. El embrión que florece en el óvulo de un ser humano es un ser humano. Y no me importa en absoluto que, esta vez, mi opinión coincida con la de la Iglesia católica. Con la del Papa Wojtyła y con la del Papa Ratzinger, con la del cardenal Ruini y con la de los obispos, arzobispos y sacerdotes que



INVESTIGACION CON EMBRIONES EN ITALIA / LA POLEMICA

se opusieron al divorcio y al aborto. (También yo detesto el aborto y para dar mi voto favorable al aborto, me vi presa de profundos dilemas. Pero considero el divorcio como una conquista de la civilización y, por él, me batí con uñas y dientes).

SIN CHANTAJES

De hecho, si mi opinión coincidiese con la de la Iglesia marxista, de Lenin, de Stalin, de Mao Zedong e, incluso, con la del rey de Cuba, el despreciable Castro, la expresaría con el mismo candor. No me importa en absoluto ni siquiera su astuto chantaje, es decir su promesa de curar la diabetes, la distrofia, el Alzheimer, la esclerosis múltiple de Stephen Hawking. (El gran cosmólogo que, desde hace décadas, vive en una silla de ruedas y se inclina más que una flor ajada). Como dije en la entrevista al Foglio, ni siquiera me importaría si las células madres sirviesen para curar mi cáncer o, mejor dicho, mis cánceres. Dios sabe lo que me gusta vivir y que me gustaría vivir lo máximo posible. Estoy enamorada de la vida. Pero curar mis cánceres inyectándome las células de un niño jamás nacido me parecería ser una canibal. Una Medea que mata a sus propios hijos. («Mujer maldita, aborrecida por los Dioses, por mí y por todo el género humano. Monstruo, ser obscuro, asesina de tus hijos», le dice Eurípides por medio de Jasón).

Y todavía me importa menos el hecho de que los Frankenstein y sus mecenas me expongan al escarnio público con sus acusaciones de retrograda-oscurantista-reaccionaria-estúpida-meapilas-sierva-del-Vaticano. Y es que a ellos no vale la pena explicarle por qué una atea (a pesar de ser cristiana) no puede ser estúpida, no puede ser meapilas, etcétera. O por qué una laica que siempre se bañó por la justicia y la libertad no puede ser retrograda, oscurantista o reaccionaria. Y añado: realmente no hay límites para la incoherencia de los cambiachaquetas. Hace unos años, los ahora partidarios del canibalismo gritaban que era cruel sacrificar a los animales en los laboratorios. Y estoy de acuerdo con ellos. (He visto cosas atroces en los laboratorios. Una vez, en Nueva York, vi quitarle el corazón a una perrita, sustituirlo por el corazón de un cerdito, y después colocarlo ante las narices de la pobre criatura para ver si lo reconocía. Ella lo reconoció y se puso a gemir desesperadamente. Otra vez, en Chicago, vi quitar el cerebro de un pequeño mono. El mono estaba vivo, dado que el cerebro tenía que permanecer vivo. Se llamaba Libby y, mientras lo ataban a la mesa de operaciones me miraba fijamente con sus ojos, como si pidiese ayuda. De hecho, me avergoncé. Vomité y el Frankenstein de turno, un prestigioso investigador, me preguntó sorprendido: «Why? ¿por qué?». La creía menos melindrosa, «less squeamish». Libby no tiene alma»).

Se quejaban también de los ratones utilizados para experimentar los fármacos, esos charlatanes. Los definían como mártires y, para defenderlos, organizaban reivindicativas manifestaciones, semejantes a las de los pacifistas que sólo quieren la paz para una parte y punto. Ahora, en cambio, aceptan que las cobayas sean nuestros hijos jamás nacidos, sacrificados como la perrita de Nueva York y como Libby. Aceptan que las células de estas nuevas cobayas vayan a enriquecer las cuentas farmacéuti-



«Ahora aceptan que las cobayas sean nuestros hijos jamás nacidos...» / FREELY PRODUCTIONS

cas, cuyo cinismo supera al de los mercaderes de armas. Aceptan que los embriones sean descuartizados como terneros en las carnicerías para poder disfrutar de órganos para vender como se venden las piezas de recambio de un coche.

Aceptan que todo eso nos conduzca a realizar el *Mundo Feliz* de Huxley, a convertirnos en hombres Alfa o Beta o Gamma o Dios sabe qué. «Campeones en salud y en belleza pero sin cerebro o monstruos inteligentísimos pero sin brazos ni piernas? (A propósito, en los laboratorios vi, en otra ocasión, a un pájaro que, quizá para divertirse, habían hecho nacer sin alas. Parecía una bola de plumas, y me miraba con unos ojos que, comparados con él, los *Prisioneros* de Miguel Ángel, es decir las cuatro estatuas con la cabeza y los miembros todavía dentro de la piedra, parecen criaturas felices...).

Y es lógico que, en adelante, las cobayas seamos también nosotros. Una mujer que sufre la extracción de un óvulo es ciertamente una cobaya. Una que, para quedarse encinta, se lo hace implantar, lo mismo. Gracias a una ciencia que es, cada vez más, una tecnología, gracias a una medicina que es, cada vez más, una tecnomedicina y, por lo tanto, cada vez más deshumanizada, somos cobayas incluso en los casos que nada tienen que ver con la fecundación artificial.

«El auténtico sueño es la clonación humana. Es decir, el hitleriano sueño de superhombres fabricados en laboratorio»

«Tiene razón Ratzinger cuando escribe que el Progreso no parió a un Hombre mejor y que comienza a ser una amenaza»

qué atenderse. Para Giordano Bruno era la astronomía copernicana. Para Voltaire, el refinamiento de las artes y de las costumbres. Para Kant, el Derecho que sustituye a la Fuerza. Para Darwin, la evolución biológica. Para Marx, el hundimiento del sistema capitalista. Para mis tatarabuelos, el telégrafo, el tren, el barco de vapor, la iluminación con gas o la monarquía constitucional. Para mis bisabuelos, la luz eléctrica, el termómetro, la vacuna de Pasteur, el radio de Madame Curie o la democracia sin sufragio universal. Para mis abuelos, el coche, el avión, el teléfono, el radio de Marconi, la penicilina o el sufragio universal sin el voto de las mujeres. Para mis padres, el voto de las mujeres, el aire acondicionado, los lavavajillas, la televisión, las motos o la República. Para mi mundo, los trasplantes de órganos, las naves espaciales, los viajes a la Luna y a Marte, los malditos ordenadores, los malditos teléfonos móviles y el maldito Internet, con los que puedo calumniar a quien quiera y robar el trabajo de otro sin terminar en la cárcel. A pesar de los alabados Derechos Humanos que no incluyen los de los que, como yo, van a contracorriente, ni los Derechos Humanos de los niños. Derechos violados con el lavado de cerebro en la escuela, con maltratos, con secuestros, con asesinatos, a veces, realizados por Medea que matan a sus propios hijos a martillazos o ahogándolos en las bañeras o en las piscinas. Y eso sin contar a los niños abusados por los pederastas en los colegios y en las sacristías, o violados y estrangulados y, después, sepultados vivos como Jessica Lundman.

«Es que queremos colocar también el holocausto de los embriones humanos en el discutible elenco de un progreso que, en el 99% de los casos, se basó en éxitos de la tecnología, no de la moral? Por lo que parece, sí. Y paciencia si éramos más avanzados, cuando éramos más ignorantes, más enfermos, más pobres o más humanos, para que la muerte de un hijo nacido o no nacido nos llenase de tristeza. ¡Por Cristo! Tiene razón Ratzinger (gracias, Santidad, por tener el coraje de llamar siempre al pan, pan y al vino, vino), cuando escribe que el Progreso no parió a un Hombre mejor, a una sociedad mejor, y comienza a ser una amenaza para el género humano.

Por lo que a la Ciencia se refiere, Dios mío. Desde joven me inclinaba ante la Ciencia con la misma devoción que los musulmanes tienen por el Corán. Con la misma obsequiosidad que sienten por Mahoma. Quería ser una científica, y por eso me matriculé en Medicina. Por lo demás, tengo por la Ciencia un respeto instintivo, una pasión que ni siquiera los Frankenstein consiguen apagar. Y sería imbécil si negase que la Humanidad ha evolucionado también gracias a ella. Incluso a mí me gustaría ir a la Luna o a Marte. Incluso me gustaría mucho más de lo que les gusta a los vanguardistas. También a mí me gusta utilizar el teléfono, el radio, el avión y la televisión. Y si por el momento sigo con vida, se lo debo a la medicina que, aún cuando, a veces, me hace sentir un embrión en el congelador o una cobaya a merced de un investigador, me curó y me cura. Pero...

Pero la Ciencia es como el fuego. Puede hacer un gran bien o un gran mal. Como el fuego, puede calentar, desinfectar, salvarte o bien incinerarte. Destruirte. Como el fuego, a menudo hace más mal que bien. Y la

razón es precisamente qué, como el fuego, no se plantea problemas morales. Para ella, todo lo que es posible es lícito. No se deja atrapar por la retórica. La Ciencia nunca tuvo escrúpulos ni remordimientos. Siempre se arrogó el derecho de hacer todo lo que quería hacer y que quiere hacer porque puede. Y, al hacerlo, nunca se preguntó si era justo. Más aún, como una puta que vende su cuerpo, siempre se vendió al mejor postor. Siempre buscó los Premios Nobel, su vanidad, su delirio de omnipotencia, su deseo de sustituir a la Naturaleza (Ratzinger dice «sustituir a Dios»). Y nunca tuvo en cuenta a sus víctimas. Ni siquiera las tenía en cuenta el sublime Leonardo da Vinci que, como pintor, pintaba exquisitas Madonnas y exquisitas Monnas Lisas y exquisitísimos Señores con el Armíño, pero, como científico, ofrecía sus servicios a Ludovico Sforza y proyectaba máquinas de guerra entonces inimaginables. Súpercañones, súpertanques, súperhelicópteros para bombardear a la gente.

LA CIENCIA COMO FUEGO

No lo tuvo en cuenta ni siquiera el honesto Oppenheimer que, junto a Teller, descubrió la bomba atómica. Y no me consuela recordar que, antes de hacerla explotar en Fort Álamo, había enviado a sus colegas de Berkeley el telegrama en el que, citando un pasaje del sagrado texto hindú Bhagavad-Gita y comparándose con el dios Krishna, se maldecía sin piedad. «Me he convertido en la Muerte, en el destructor del mundo». Además, ¿no fue un médico, el doctor Joseph Ignace Guillotin, el que, en 1789, inventó la guillotina? ¿No fue otro médico, el doctor Louis, el que, en 1791, dirigió su fabricación? Por cada penicilina la Ciencia nos regala una guillotina. Por cada Pasteur o Madame Curie o Marconi nos regala un Mengelo. O al menos un Oppenheimer o un Teller. Y sus discípulos más peligrosos son precisamente los investigadores. Casi siempre (honor y gloria a las excepciones), a los investigadores les importa un cuerno el género humano. Sólo les mueve el demonio de la curiosidad vinculada a la ambición personal y al interés monetario. («¿Cómo se comportará un pájaro sin alas? ¿Cómo funcionará un niño concebido en una probeta? ¿Qué y cuánto dinero y fama me proporcionará este descubrimiento?»). Y al diablo los principios, al diablo los valores sobre los que se basa o debería basarse una sociedad civil. Queridos míos, Ratzinger tiene razón incluso cuando dice que, en nombre de la ciencia, al derecho a la vida se le inflingen heridas cada vez mayores. Tiene razón también cuando dice que, con la experimentación con embriones humanos, la dignidad del hombre es violada, o, incluso, negada. Tiene razón también cuando dice que, si no queremos perder el respeto por el hombre, hay que desmitificar la investigación científica, desmitificar la Ciencia, es decir dejar de considerarla como un ídolo o como una divinidad. Sacrosantas palabras que, a mi juicio, valen incluso para la ética.

Traducción: José Manuel Vidal